

EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XVII JORNADAS
VOLUMEN 13 (2007)

Pío García
Luis Salvatico
Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



El concepto de trabajo como núcleo epistemológico en la constitución de la economía como ciencia

María de Fátima Gatti*

Si bien el trabajo parece haber estado desde siempre en la base de toda actividad económica, es recién a partir de la resignificación que se hace de éste concepto desde la modernidad, que la economía puede constituirse como ciencia, o, por lo menos, como un saber sistemáticamente organizado.

El trabajo como un valor en sí mismo y como la base *real* de la actividad económica adquiere su dimensión de tal recién en la modernidad. Adam Smith, al ubicar al trabajo en la base de la producción de la riqueza, lo convierte en el concepto rector a partir del cual se conforma la reflexión sobre lo económico y viceversa: la fundación de la Economía como saber orgánico y sistemático ha dado un nuevo significado al concepto mismo de trabajo tal como se lo entendió en la modernidad: el oficio constitutivo de lo humano.

I. El concepto de trabajo como *poiesis*

Durante toda la antigüedad clásica y en gran parte de la Edad media, este concepto estaba circunscrito al trabajo manual, o *ars mechanica*, propio de los esclavos y degradante, por lo tanto, para el hombre libre.

La enseñanza y el aprendizaje, la actividad militar y la ocupación en los menesteres de la *polis* o la *civis*, no eran actividades que cayeran bajo el alcance de lo que se entendía entonces por "trabajo". No es de extrañar entonces, que trabajo y salario no tuvieran la correlatividad que tienen actualmente.

Las connotaciones negativas del término influyeron hasta tal punto sobre las reflexiones y análisis que pudieran hacerse sobre éste, que no puede hablarse de una "filosofía del trabajo" sino hasta la aparición de la Economía como saber organizado.

No es que los filósofos de la edad antigua y media no prestaran atención a la importancia del trabajo en sus cavilaciones, de hecho encontramos abundante material sobre la necesidad de la división del trabajo en la constitución de las sociedades, tanto en Platón como en Jenofonte y, en menor medida en Aristóteles, aunque haciendo referencia siempre a los fines y no al medio en sí mismo.

Para entender mejor estos conceptos, nada mejor que remitirnos a la distinción que hace Aristóteles entre *praxis* y *poiesis*:

La *praxis* es la actividad que el hombre ejerce sobre sí mismo, es una acción inmanente que modifica al sujeto. Es un fin en sí misma. En este sentido, la moral y el conocimiento de las cosas buenas constituyen una *praxis* pues involucran la virtud.

En la *poiesis*, en cambio, el producto es una obra independiente de aquel que la realiza, es un medio para lograr algo que está fuera del sujeto. Es una acción transeúnte que no modifica al que la ejerce.

* Facultad de Ciencias Económicas. UNT

Los objetos de la *poiesis* tienen su principio en el arte y en la técnica. Los de la *praxis* en la deliberación y la decisión.

En este sentido es que podemos decir que la concepción del trabajo en la Antigüedad y en la Edad Media, se ajusta al concepto de *poiesis* y no de *praxis*.

Como veremos más adelante, esta relación se revertirá palmariamente en la modernidad en la que el trabajo tomará las dimensiones de la *praxis* como la actividad constitutiva y definitoria de "lo humano" por excelencia.

El siguiente párrafo extraído de *La Política* de Aristóteles es suficientemente ilustrativo al respecto:

Por lo demás, la utilidad de los animales domesticados y la de los esclavos son poco más o menos del mismo género. Unos y otros nos ayudan con el auxilio de sus fuerzas corporales a satisfacer las necesidades de nuestra existencia. La naturaleza misma lo quiere así, puesto que hace los cuerpos de los hombres libres diferentes de los de los esclavos, dando a éstos el vigor necesario para las obras penosas de la sociedad, y haciendo, por lo contrario, a los primeros incapaces de doblar su erguido cuerpo para dedicarse a trabajos duros, y destinándolos, solamente a las funciones de la vida civil, repartida para ellos entre las ocupaciones de la guerra y las de la paz.¹

Teniendo en cuenta que la actividad económica básica, tanto en Grecia como en Roma era la agricultura y la fuerza de trabajo eran los esclavos, no debe escandalizar al pensamiento actual tal manifestación, absolutamente armónica con los intereses y paradigmas de la época.

Lo que posiblemente sí deba darnos algo de pudor es que ésta concepción del trabajador como *herramienta* al servicio de otros no desapareciera jamás del panorama económico de todas las épocas, aún cuando los intelectuales e ideólogos de la modernidad lo instauraran como un "valor" y, en épocas más recientes, se contextualizara dentro de los Derechos Humanos.

En una sociedad que prioriza al individuo sobre todo lo demás, no deja de llamarnos la atención esta eterna "vuelta de tuerca" de ciertas concepciones que deberían haberse quedado en el pasado.

Aún tratándose de hombres libres, el mero hecho de tener que ejercer un oficio manual, ubicaba al trabajador muy por debajo de las castas sociales, como lo demuestra Platón en su meticulosa estratificación social de *La República*, donde los artesanos y productores en general, ocupaban el escalón más bajo:

...el dios que nos ha formado, ha hecho entrar el oro en la composición de aquellos que están destinados a gobernar a los demás, y así son los más preciosos. Mezcló plata en la formación de los guerreros, y hierro y bronce en la de los labradores y demás artesanos.²

Esta división tripartita de la sociedad se trasladó a gran parte de la Edad media. Conocida como la "fórmula de los tres estados" estratificaba, de mayor a menor rango, en oradores (eclesiásticos), defensores (guerreros) y labradores (agricultores).

Aunque en numerosos documentos medievales la *ars mechanica* es presentada como una *ars inferior*, la condición subordinada del trabajo que resulta de la fórmula mencionada se refiere en mayor medida a los labradores que a los artesanos. Aunque estos últimos pudieran no ocupar un puesto importante en la sociedad (comparados con los "oradores" y los "defensores"), la

creciente importancia adquirida por el artesanado, y el hecho de que en muchas comunidades monásticas cada uno de los miembros estuviera encargado de su trabajo manual (es relevante mencionar que lo hacían a manera de “penitencia” o “ejercicio de humildad”) hizo que se fuera manifestando hacia esta actividad un respeto mayor que el que había existido en la Antigüedad.

No deja de representar una gran paradoja el hecho de que la Iglesia no haya sido fiel, en ese entonces, a sus propios fundamentos. En efecto, la gran excepción histórica respecto de la importancia del trabajo en la antigüedad, la constituyen las prédicas de Jesús, *hijo de un artesano, que demostró la inexistencia de un derecho divino de los privilegiados; el poder podía tenerlo gente que trabajaba con las manos.*³

Jesús y los apóstoles consideraban que el trabajo, como factor de producción, era en sí algo bueno y se refirieron a él en forma encomiástica, estimando que el trabajador era digno de su salario.

Esta dignidad otorgada al trabajador no incluía sin embargo a los mercaderes, a quienes Jesús condenó severamente marcándolos con un estigma que se mantendría a lo largo de varios siglos hasta el advenimiento del mercantilismo, conocido también como “La era de los mercaderes”:

Pero ya en el siglo XV las ciudades mercantiles como Venecia, Florencia y Brujas, sucedidas luego por Amberes, Ámsterdam, Londres y las de la liga Hanseática, contaban con distinguidas comunidades mercantiles. Como en ellas el comercio era la ocupación general, desaparecía el estigma en un tiempo asignado a los mercaderes.⁴

No obstante, se mantendría también en esta época el divorcio vincular entre trabajadores y mercaderes, básicamente por el tema del salario:

Los salarios tuvieron un papel escaso o nulo en la teoría y en la práctica del mercantilismo. (...) Los trabajadores distantes, ya fueran esclavos, siervos u hombres libres, que producían telas, especias, azúcar o tabaco en tierras remotas de Oriente u Occidente, no eran tomados en cuenta para nada. Pero lo mismo sucedía con los trabajadores de regiones más cercanas. Las manufacturas domésticas implicaban que marido, mujer e hijos trabajaran en el hogar, transformando en telas la materia prima suministrada por el mercader. Tampoco en este caso se pagaba un salario propiamente dicho, pues el empresario mercantil pagaba simplemente por el trabajo la suma necesaria para que éste fuera ejecutado.⁵

Como podemos apreciar, el concepto de “trabajo” sigue aquí circunscrito al trabajo manual, o *ars mechanica*. Desde su surgimiento durante el mercantilismo como “clase dirigente”, los mercaderes y, más estrictamente, el empresario mercantil estaría siempre en la vereda de enfrente de la “clase trabajadora”.

Si bien la *herramienta* del mercantilismo fue el manufacturero, en Francia los Fisiócratas privilegiaron el trabajo agrícola sobre todos los demás:

Había, en primer lugar, los terratenientes o propietarios, que orientaban, vigilaban o, en cualquier otra forma, presidían la producción agrícola (...). A continuación venía la clase de los productores, cuyos miembros practicaban la ganadería y labraban la tierra (...). Finalmente, en una categoría social muy inferior, figuraban los mercaderes, manufactureros y artesanos. A saber, la clase improductiva.⁶

Manufactureros, artesanos y agricultores son las actividades humanas que entran dentro del concepto de "trabajo" en sentido estricto. Sólo a éstas se les reconoce, de acuerdo a la *episteme* económica de la época que les toca en suerte, la categoría de "productores", es decir, como la base sobre la que se asienta la producción de la riqueza. Lo cierto es que, cualquiera sea la preponderancia de una de estas actividades sobre la otra, no dejan de ser por eso una *poiesis* en el sentido aristotélico: son herramientas, medios para lograr un fin que está absolutamente divorciado del sujeto que lo realiza.

Otra es la suerte del mercader. Vilipendiado o aceptado, ninguna *episteme* político-económica reconoció jamás al mercader productividad alguna hasta el advenimiento del mercantilismo.

Anexado un nuevo mundo al viejo continente, el intercambio mercantil inauguró un *status* diferente para el que ejercía la actividad comercial. Nuevas clases se enriquecieron y comenzó a medirse la riqueza con parámetros diferentes: la prosperidad ya no sólo se asentaba en la producción de la tierra o en la habilidad del artesano. Era necesario un tercer elemento para conformar el silogismo económico: el mercado. Pero el mercader y el empresario ejercen su actividad con una variable muy diferente: la especulación. Deliberan y toman decisiones. Ejercen su actividad con la perspectiva de futuro que nunca tuvo el trabajador bajo dependencia. Su gravitación en la producción de riquezas no es sobre la tierra o sobre materia prima alguna sino sobre el trabajo de los productores; y esa actividad los modifica social y políticamente: es una *praxis* en sus principios, pero dista mucho de la concepción aristotélica que involucraba la virtud.

La Revolución Industrial desplazó al mercader, cuya ocupación era la compra y venta de lo producido por otros, por el industrial, cuya ocupación era producir mercancías mediante el trabajo de otros.

Este es el escenario donde irrumpe Adam Smith con un aporte que contradice a sus detractores y revoluciona los fundamentos mismos de lo económico: el trabajo como un valor en si mismo.

Ya no son los frutos de la tierra ni los productos surgidos de las manos oficiosas de los artesanos la base de la riqueza de las naciones: es el trabajo que el hombre invierte en sembrarlos, recogerlos o fabricarlos.

Al planificar su obra fundamental, Smith se lanza a la búsqueda de algo fijo e invariable que garantice la permanencia en el cambio y encuentra, en la labor de producción humana, el punto arquimédico de la economía de su tiempo. De allí en más, instaura las reglas orientadoras que la conformarían como un saber independiente de "las ciencias de la moral", delimitando su campo y estableciendo sus principios epistemológicos.⁷

Los detractores de Smith lo acusan de haber sentado las bases de un sistema opresor, individualista y utilitario sin otro horizonte que el enriquecimiento y sin más fundamento que el interés personal

No es la intención de esta monografía ensayar una encendida defensa de Smith en contra de algunas de éstas acusaciones que pueden ser ciertas. Lo que no debemos olvidar es que "el hombre de Kirkaldy" era un claro exponente de su tiempo y su obra estaba orientada a combatir los resabios del feudalismo y al mercantilismo a favor de una economía más abierta e igualitaria.

Una detenida lectura de *La Riqueza de las Naciones* nos muestra un pensador preocupado por la dignidad del trabajador, cuyo salario debe ser suficiente como para permitirle “no sonrojarse en público”.

Por otra parte, la libertad de comercio, sin monopolio y aranceles proteccionistas, constituía una bisagra que permitía la movilidad social mediante la inserción en el mercado del pequeño productor, despojado hasta entonces de protagonismo económico.

II. Comienza la nueva configuración del concepto de trabajo

Con Smith comienza a prefigurarse una nueva manera de concebir el trabajo, desplazando lentamente la vieja concepción del trabajador como “herramienta”:

En ese estado de cosas el producto íntegro del trabajo pertenece al trabajador, y la cantidad de trabajo comúnmente empleado en adquirir o producir una mercancía es la única circunstancia que puede regular la cantidad de trabajo ajeno que con ella se puede adquirir, permutar o disponer.⁸

Quienes sindicaron a Smith como “el padre de la criatura” y responsable de un capitalismo ulterior, insensible a las condiciones del trabajador y servil a los dueños del capital, deberían prestar atención a párrafos como el siguiente:

Desde el momento en que las tierras de un país se convierten en propiedad privada de los terratenientes, éstos, como los demás hombres, desean cosechar donde nunca sembraron (...) la madera del bosque, la hierba del campo y todos los frutos naturales de la tierra que, cuando ésta era común, sólo le costaban al trabajador el esfuerzo de recogerlos, comienzan a tener, incluso para él, un precio adicional.⁹

A su favor, diremos que Smith no llegó a ver gran cosa de la llamada “Revolución Industrial”. Las grandes fábricas, las ciudades industriales y los regimientos de trabajadores dirigiéndose a los talleres y retornando a ellos así como el surgimiento político y social de los empresarios fueron procesos posteriores a la publicación de su obra.

Si Smith hubiera podido ver las fábricas humeantes, la maquinaria, las masas de trabajadores que hicieron su aparición a fines del siglo XVIII, eso es lo que le habría sorprendido, y no la fabricación de los afileres ni la división del trabajo.¹⁰

Marx (1818-1883) en cambio, arriba al panorama económico del siglo XIX cuando los efectos devastadores de la Revolución Industrial sobre el trabajador y su salario estaban al nivel de la genial parodia de Chaplín en *Tiempos Modernos*.

Aquella libertad de mercado planteada en su momento por Smith como un fin en sí misma para garantizar el libre juego social de los individuos, había sido convertida en un medio al servicio de los dueños de las fábricas y los empresarios en general, abriendo una brecha cada vez más grande entre el valor *trabajo* –medida permanente de las penurias y fatigas del trabajador– y el monto del salario destinado a compensarlas, tal como lo entiende Smith.

En el estado originario de la sociedad que precede a la apropiación de la tierra y a la acumulación del capital, el producto íntegro del trabajo pertenece al trabajador. No había entonces propietarios ni patronos con quienes compartirlo.

Si ese estado de cosas hubiera continuado, los salarios del trabajo habrían aumentado, en consonancia con todas las mejoras en sus facultades productivas, que se originan en la división del trabajo.¹¹

Smith muestra aquí la punta de un ovillo que más tarde se encargaría de desmadejar Marx con un análisis más exhaustivo y profundo, y también más radical, ya que el autor de *Las Riquezas...* no lleva más allá esta problemática en su intento de abarcar la mayor cantidad de temas posibles, digno miembro de la época de los enciclopedistas.

III. El trabajo como praxis

Lo cierto es que a partir del escocés el trabajo comienza a ser reconsiderado, no sólo como patrón invariable de la economía, sino también como un valor constitutivo de lo humano. En éste sentido, y con la necesaria referencia a Hegel, podemos decir que el trabajo alcanza en Marx su momento de gloria como una *praxis* inmanente a la condición del hombre mismo.

Dicho de otro modo, Marx concibe al hombre como *el ente que se produce a sí mismo*. Y ese acto autogenerador del hombre es *el trabajo*.

Marx se coloca así en radical oposición con la mayor parte de la tradición filosófica, y ante todo con Aristóteles, quien había visto la esencia del hombre en la razón teórica, y quien había señalado como su meta la pura contemplación.

Es cierto que Hegel (sobre las huellas de Kant) había entrevisto la importancia del trabajo, y en ello justamente reside "lo grandioso" de la *Fenomenología del espíritu*¹²; pero Hegel solo tuvo en cuenta el aspecto abstracto espiritual del trabajo¹³. Lo consideró propiamente como actividad de la Idea, no del hombre, y fundamentalmente como actividad de conocimiento. Para Marx, por el contrario, el trabajo es una relación real del hombre con las cosas mismas, con la naturaleza y con los demás hombres, praxis histórico-social.

El trabajo constituye la esencia del hombre, el modo cómo éste concretamente es, el medio para su realización y para el desarrollo completo de sus posibilidades, para su satisfacción y para su felicidad.

El vocablo "producir" deriva del latín *pro* (poner algo de manifiesto, exteriorizarlo) y *ducere* (llevar, conducir): Significa la acción mediante la cual el hombre hace algo sacándolo de sí y poniéndolo fuera de sí, en la naturaleza. El carpintero objetiva en el producto de su trabajo — la mesa— lo que era primero una mera representación, una idea.

Marx, señala además, como categoría fundamental del trabajo, la de *finalidad*. El trabajo es una objetivación de sí mismo: se da en el hombre un desdoblamiento "*no sólo intelectualmente, como en la conciencia*", donde es a la vez sujeto y objeto, sino que además se desdobra "*activa y realmente, y se contempla a sí en un mundo creado por él*"¹⁴.

El proceso de autoproducción del hombre mediante el trabajo es así un proceso dialéctico: un salir de sí, una exteriorización suya en la naturaleza; una humanización de la naturaleza porque en ella el hombre deja su propia esencia. Ello revierte sobre el hombre, hay como un regreso sobre sí a través de la naturaleza, pues la transformación de ésta transforma a su vez las condiciones de la vida humana.

La sociedad es, para Marx, la plena unidad del hombre con la naturaleza. En este sentido tiene gran importancia para él la ciencia moderna, la técnica y la industria.

Es en el trabajo –y no en el medio abstracto de la conciencia– donde el hombre muestra su ser: el hombre es “ser genérico” o “ente genérico”.

Ese “ser genérico” es el individuo que elimina y supera el conflicto entre el interés privado y la vida política. En tanto ser pensante, el individuo humano se identifica con el género humano en su conjunto.

El trabajo “verdadero”, esto es, plenamente conforme a su esencia, es el que se realiza al liberarse de la necesidad orgánica, el trabajo libre. De modo que el trabajo no puede reducirse a la mera actividad “económica”, a simple medio para mantener la vida orgánica, sino que es, por el contrario, en su forma plena, actividad libre y consciente como desarrollo del “ser genérico”. Pero si, en cambio, el trabajo se rebaja en mero medio para la vida, la esencia del hombre se invierte, el hombre se *aliena*.

La conclusión aquí de Marx es que el trabajo como *praxis* es lo constitutivo del hombre. Por el contrario, el trabajo como *poiesis* es el motivo de su alienación.

A favor de la brevedad y la puntualidad, no es la intención de este artículo ir más allá de lo ya expuesto, aunque quede mucho por decir al respecto. Hasta aquí, creo, se cumplió con la intención de mostrar la evolución y configuración del trabajo como un paradigma constitutivo del nacimiento de la Economía como un saber organizado.

Notas

¹ Aristóteles. *Política*. Libro I, p. 540.

² Platón. *La República*. Libro III, p. 180.

³ J. K. Galbraith. *Historia de la Economía*. p. 30.

⁴ Op. cit. p. 44.

⁵ Op. cit. p. 50.

⁶ Op. cit. p. 65.

⁷ Como se dijo en p. 1, otros autores antes que Smith habían advertido la importancia del trabajo en la producción de la riqueza, como es el caso de Cantillón y Boisguillebert. La originalidad del escocés no reside tanto en el reconocimiento de la labor humana como base de lo económico, como en haber sido el iniciador de la re-significación epistemológica y filosófica del concepto de trabajo y que alcanzaría su *máximo* tres cuartos de siglos más tarde con Kart Marx.

⁸ Op. cit., p. 47

⁹ Op. cit., p. 49

¹⁰ J. K. Galbraith. *Historia de la Economía*. p. 73.

¹¹ Smith, Adam. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. p. 63.

¹² Marx. *Manuscritos*. p. 189

¹³ Op. cit. p. 190

¹⁴ Op. cit. p. 112.

Bibliografía

Aristóteles. *Política*. Libro I, Obras Completas. Anaconda. Bs. As. 1947.

Galbraith, J. K. *Historia de la Economía*. Ariel Sociedad Económica. Bs. As. 1994.

Marx. *Manuscritos*. “Obras escogidas” Gráfica Socialista. Madrid 1980.

Platón. *La República*. Libro III, Obras Completas. Anaconda. Bs. As. 1946.

Schumpeter, J.A.. *Historia del análisis económico*. Fondo de Cultura Económico. México. 1971.

Smith, Adam. *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México. Fondo de Cultura Económica, 1958.